El placer de escribir

ALONSO ZAMORA VICENTE
Real Academia Española

Voces amigas me piden que vuelque sobre el papel mis ufanías y mis agobios ante el hecho de escribir. Deben de pensar que me limitaré a exponer una teoría de alegrones y me condenan, en consecuencia, a un tema fijado: **El placer de escribir.** Como de costumbre las dudas me asaltan enseguida. ¿Para qué se escribe? ¿Para quién y para qué? ¿Se acaba la aventura en si misma o nos entregamos a ella pensando en lectores futuros? ¿Vale la pena desvelar el proceso entero de la escritura y transmitir nuestra desazón ante la frase rebelde o el pensamiento acongojado? En fin, meditaré un ratito (me lo piden con urgencia mal disimulada) y procuraré salir del trance. Sé muy bien que los renglones que pergueñe no serán vecinos de lo que, con la misma finalidad, leo en variopintos lugares. Todos los escritores, o casi todos en situación análoga, tienden a un despilfarro de la solemnidad, buscan vaciarse en fraseología lapidaria, tras de la que no puede florecer la yerba del sosiego: pretenden apabullar, con un derroche de talento y gracejo, a una difusa posteridad inmensa. Mal comienzo: yo no creo en esa actitud. Me siento estado llano y parlante con la voz de la calle de emisión quebrada y a borbotones, y suelo acabar, íntegra emoción renovada, acatando celosamente el consejo cervantino: *Llaneza, muchacho, llaneza, no te encumbres, que toda afectación es mala...*

Para muchos, escribir es acoplar en un pliego, portador de falaces falsillas invisibles, algo ya previsto: datos personales, requisitorias de la convivencia, súplicas de inseguros destinos, disculpas por los errores cometidos... Y cartas, muchas cartas. Yo he sufrido mucho escribiendo estas

quisicosas en mis años mozuelos. ¿Dato...? Nunca he sabido cumplimentar un impreso. Noto la súbita compasión que siente por mi incapacidad el funcionario o empleado que me exige cumplir ese requisito y compruebo mi clamorosa inutilidad. He tenido que presentar infinidad de instancias, ya no sé si suplicando, autorizando o renunciando a algún derecho o prerrogativa o pequeñez leguleya parecida. En cualquier caso, ortopedia ajena a la que aprieta los tornillos a la propia pluma. De la misma familia era el sufrimiento de los exámenes escritos: pésima grafía, pero excelente ortografía, y el desencanto subsiguiente: no se me elogiaba la redacción, vestida incluso de llevadera retórica pedantuela y tolerable, no: había que recibir pródigas censuras alarmadas, con invocaciones a los cielos, por mi mala letra, una carrera de pulgas según el dictamen familiar, impresentables líneas que lucían permanente mareo y se despeñaban fuera de los márgenes. Con algún que otro borrón como adorno. Un remusguillo avergonzado, vaya que sí. Y, sin embargo, al revivir en la herida memoria esos días, ¡qué placer hondo, punzante, pisoteando el arrabal del asombro, al verme, gracias a su desmaño, creciendo, descubriendo las encontradas aristas de la existencia, hablando poco a poco como hablo hoy y atravesando esas zonas oscuras donde la pena se trueca en luminoso contenido...! Al recordar aquellas páginas de endiablada letra, ¡qué alegre es su luz, la suave idea de verlas, ojos cerrados, con exquisita perfección, viviéndolas otra vez...!

Pronto descubrí una variante lateral de ese bienestar acogedor: escribir cartas. En aquellos años, nos escribíamos muchas cartas. Se nos enseñaba una minúscula retórica para redactarlas: encabezamiento, texto contestación a una cuestión, otro fragmento de texto para dar noticias; leve barrio de peticiones, consejos o lamentos. Y, finalmente, el sostén de la despedida, con saludos, recuerdos, cita de parientes, alnados y servidumbre... Las fórmulas consagradas, en los lugares previstos. El núcleo de la misiva rebullía, rebullía: proyectos, sucesos, lecturas, catarros... ¡Qué expedición a la memoria próxima, para que no se quedara nada olvidado! Y la mentira pactada: compras de maravillas que sabíamos que nunca compraríamos, visión ilusoria de vacaciones que andaban aún por desbaratado ensueño, y, detrás de la despedida, la firma, Aún se podía añadir una postdata, un cortísimo párrafo cayéndose, en el que se recordaba alguna circunstancia, por lo general fingida, pero que hacía muy digno, muy serio... ¡Una postdata...! Petición de un libro, reclamo de una dirección de un amigo común, embustes gordezuelos sobre conocidos, enamoramientos, la última función de teatro a la que se asistió, incorporación a un círculo deportivo... Y un *vale* final, que nos daba la mano de Cicerón o de cualquier sabiazo así, gente malhumorada y cascarrabias...¡Pero qué placer salir corriendo a buscar el tranvía que llevaba buzón de alcance, echar allí la carta...! Sabíamos que, antes de que estuviésemos de nuevo en casa, el tranvía habría pasado por la estación y un cartero puesto allí de centinela vaciaría el buzón, llevaría las cartas al

furgón-correo del tren... Podíamos rehacer el camino hasta el fin, sentir el traqueteo del tren, respirar humo y carbonilla... Y regresábamos despacio y silbandillo, dando patadas a las piedras diminutas, a las latas vacías, devolución a la memoria de paisajes desde el tren, a 80 ó 90 por hora, todos los goznes chirriantes, sujetos a la armazón del coche por la exigencia de una dirección manuscrita en el sobre cerrdo, y el misterio recién nacido de nuestro entusiasmo...!

Pero, paciencia, ¡nada de refunfuñar! Sé que, cuando me piden algo sobre el placer de escribir, no se refieren a esto: buscan algo más profundo y decididamente literario. Cuando lean estas escurridizas ocurrencias, quizá me silben los oídos por las desatadas blasfemias, la sofocada regañina. Ya procuraré ponerme lejos de los censores, no vaya a convertirse este evidente gozo de garrapatear unos papeles, aunque no sea más que para manifestar mi poca soltura discursiva, en... ¡Vamos que, enojadillos, me apresen, y juzguen y condenen duramente, quizá me prohiban volver a escribir, desgracia insuperable...! El íntimo placer de la escritura llega más tarde. Un día cualquiera, no lo pensabas al empezar, te dispones a contar algo que pueda ser compartido por los demás. Piensas mandarlo a un periódico, a una revista de jóvenes. Escribes, escribes, sigues escribiendo, al ratito te has olvidado de lo que pretendías escribir, pero sigues con el hostigamiento del bolígrafo en la mano... y ves que, al borde de la página, ese amplio espacio que dejas siempre para hacer correcciones y añadidos, grita alguien: el hombre o mujer que has hecho parlotear en tu escrito, está vivo, te discute con vehemencia, protesta por los rasgos que le has concedido, ese eterno sambenito de los vicios y las virtudes a destiempo... Te seduce el silencio creciente, no oyes a nadie más que a ese personajillo gruñón, aunque la casa esté atestada de fragores, te dueles de la amputación del personaje, que ya no es tuyo, que, al hablar, se ha declarado autónomo y dispone de su vida libremente, y transitará un camino que, sí, claro, te dejará compartir con él, pero obedeciéndole, tú ya no influyes en sus arranques, ya no es el muñeco charlatán que intentaste poner en pie. Y te pide cuentas de tu pequeño robo subrepticio a la divinidad creadora... Y ves nacer en tus manos un juego imparable de dudas y afirmaciones, de triunfos y fracasos, de síes y de noes, que juntos y unánimes, te anegan en inmensa alegría, una marea de sosiego, aunque te abandone en el suburio triste de la dicha, pero, eso sí, estarás dispuesto a seguir. Has creado algo y lo has puesto en las manos de alguien, ¿qué mayor satisfacción puedes pretender? Invadido por invisible compañía, te sometes a escuchar la voz que has inventado, a aprender de ella cómo llenar lagunas sin desecar, tantos años viendo a tentones... Una sombra que, forjada por ti, tiende a abandonarte, te va enseñando el mundo poco a poco, un mundo distinto del que usabas un rato antes. Cierras los ojos, te recuestas una pizca, tu gente cree que duermes, si tardas en decir algo se asustarán y llamarán al médico... Y tú, mientras tanto, paladeas esa

vida inventada y te sumerges en el bulle-bulle de dotarla de papeles, dinero, trabajos, murmuraciones, puñeterías, la cáscara de este mal trago que por terca haraganería seguimos llamando «vida». Sí, todo lo desairada que se quiera, pero henchida de placenteros meandros, por los que va navegando, despaciosamente, la aventura de escribir. Ahora, ya sabemos redactar bien una carta, atiborrar los impresos de palabronas toscorras, los impresos y las instancias, y, de carrerilla, embadurnamos la orla aquella de la felicitación navideña a los padres y los abuelos, tanto que se nos resistía... Saldrán tan magistralmente escritas, tan estruendosamente sonreídas, que, seguro, las encontrarán anómalas, las rechazarán... Habrá que volver a empezar, no existe el escarmiento.